



BIOGRAFÍA Y ANÉCDOTAS

de la reina del cine sonoro

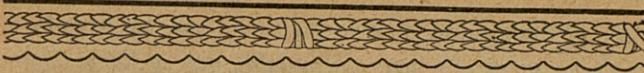
Jeannette Mac Donald

**(Actualmente "estrella"
de la famosa y popular
marca FOX)**



EDICIONES BISTAGNE

**Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléf 18551
BARCELONA**



A manera de prólogo

Al concebir la idea de lanzar al público estas biografías, los tres primeros nombres que acudieron a nuestro pensamiento fueron Mauricio Chevalier, José Mojica y Jeanette Mac Donald.

A parte lo incombustible de algunas glorias anteriores —Chaplin, Greta, etc.—, estos tres nombres son los que absorben el interés en el campo cinematográfico, porque ellos son los primeros cimientos sólidos de la pantalla sonora.

Cuando antes del triunfo arrollador del cine hablado, éxito en el que ha tenido su parte el interés de las casas productoras, nos preguntaban:

—¿Usted qué opina? ¿Triunfará o no el cine hablado?

*Nosotros contestábamos invariablemente:
—Eso depende de los artistas.*

En efecto, ¿sería el cine mudo lo que ha llegado a ser de no surgir ese actor formidable que se llama Charlie Chaplin, y ese cánón de la ingenuidad en la pantalla que representó Mary, y esa nueva modalidad ofrecida por Douglas?

Indudablemente, a estos artistas y a otros que es innecesario citar corresponde en gran parte el éxito sin precedentes del séptimo arte.

Por eso nosotros no osábamos afirmar ni negar nada sobre el triunfo del cine sonoro antes de ver en qué manos se ponía.

Ahora ya podemos decir que el triunfo es indiscutible y duradero. Ahora ya tenemos artistas sobre los que el nuevo arte puede descansar sin temor a hundimientos.

Esos artistas son Jeanette Mac Donald, Chevalier y Mojica.

“El desfile del amor” dice lo suficiente en favor de los dos primeros. Cada uno en su estilo, representan dos puntales inexpugnables para el tinglado recién levantado del cine sonoro. Chevalier es la gracia de la palabra, del gesto y del movimiento, todo maravillosamente fundido. Mac Donald es la cantante de la elegancia, la belleza fotogénica, la artista de voz de oro al mismo tiempo que de ademán sobrio y de gesto expresivo, todo muy necesario para desenvolverse en la pantalla.

En cuanto a Mojica, aun resuenan en nuestros oídos sus grandes éxitos. El cantaba en el teatro, conocía la emoción del triunfo, formaba parte de grandes compañías de ópera, obtenía magníficos ingresos. Sin embargo, ya ha trocado sin vacilar la pantalla por la escena. ¿Por



qué? Porque Mojica es el tipo perfecto de cantante para el cine sonoro. Su hermosa voz no pierde al ser registrada por el micrófono. Su figura y su rostro son sumamente fotogénicos. Y reúne, al decir—o al callar, pero nosotros lo adivinamos—de los expectadores, cualidades físicas suficientes para competir con los galanes más famosos del cine mudo. Es, por decirlo así, el perfecto don Juan lírico, así como Chevalier es el don Juan de la comedia.

Pero no todo han de llevárselo los de fuera de casa, y, para dicha nuestra, Imperio Argentina ha demostrado que también los artistas españoles tienen su parte en los cimientos sobre los que ha de descansar y ya está descansando, el triunfo del cine sonoro.

Novela o realidad

En el momento de escribir estas líneas Jeanette Mac Donald es la sensación de Europa.

¿Es que ha hecho un nuevo film de la calidad de "El desfile del amor"? ¿Es que se ha casado y divorciado a los cinco minutos siguiendo el ejemplo de sus colegas de Hollywood?

Nada de eso.

Es algo más.

Algo más importante y acaso más trágico, aunque nosotros deseamos de todo corazón que no pase de comedia, de una de esas comedias de ambiente real—"La escuela de las princesas", "La princesa Bebé"—que tan magistralmente escribe Jacinto Benavente.

Y cuando decimos de ambiente "real" nuestros motivos tendremos.

En fin, es el caso que la prensa de toda Europa y



especialmente la de Francia, ha recogido y comentado una noticia referente a la reina del cine sonoro.

Uniendo y ordenando los datos nuevos de cada una de esas noticias e informaciones se puede formar algo que parecerá una novela y que, sin embargo, parece una tremenda realidad.

No se trata, como hemos dicho, de un drama cinematográfico. Es un drama de la vida, de la vida íntima, muy íntima, de la que, por ahora, comparte con Chevalier el cetro de la opereta cinematográfica.

He aquí el drama. No haremos más que entresacar y ordenar la esencia de esas noticias que han dado casi todos los periódicos del viejo continente.

* * *

Un príncipe famoso, simpático y gentil, de fina sensibilidad y propenso a la admiración de la belleza y del arte, se casó hace cosa de un año con una princesa que tenía también la simpatía no sólo de sus súbditos, sino de cuantos extranjeros la han visto o conocen su vida y su carácter.



Se trata de una princesa encantadora por su afabilidad, por su inteligencia y, sobre todo, por su belleza.

Su carácter se define en el hecho siguiente.

Poco antes de casarse la princesa, se vió por Toledo una linda muchacha que a pie y en compañía de una amiga, recorría el glorioso tesoro que representa esa ciudad española. Hemos dicho muchacha, porque este sencillo calificativo merecía aquella extranjera que se detenía en la calle a hablar con las personas más humildes e iba dejando por donde pasaba una estela de alegre y natural cordialidad.

Los periodistas, que no en balde tienen fama de fisgones, vieron algo extraordinario en aquella *muchacha* que les movió a hacer averiguaciones. Y de ellas resultó que la *muchacha* era nada menos que una princesa, prometida de un príncipe heredero.

Los periodistas no cuentan lo que hicieron entonces, pero el lector dirá que no necesita se lo cuenten para saberlo. Se abalanzarían sobre ella estilográfica en riste y allí terminó el incógnito y la tranquilidad para la simpática princesa.

Pero eso no importa. Lo que importa es su matrimonio con el príncipe. Al parecer, se amaban desde niños y aquella boda no tenía nada que ver con esos casamientos "por razones de estado" de los que tantas muestras nos da la historia.

Fué un matrimonio de amor. Despues del fragor de la ceremonia—páginas enteras en los periódicos, comisiones de todo el mundo, reyes y altas personalidades de todas las naciones por invitados—vino el idilio su-

blime de la fusión completa de dos corazones. ¡Cuántos poemas se podrían haber escrito con la miel que aquellos corazones destilaron durante el período inolvidable de los primeros besos!

Pero he aquí que el tiempo pasa y los corazones vuelven al cauce de la prudencia. Han pasado los primeros arrebatos, las primeras locuras de la felicidad lograda, y viene la dulce paz de una vida serena, sin agitaciones ni anhelos desmesurados.

Sin embargo, ¿es todo paz, es todo dulce afecto de esposos, vida amable y serena, en el hogar principesco? ¡Oh, no! La princesa descubre muy pronto que su marido echa de menos la agitación de su vida de soltero, aquellas vehemencias, aquellas emociones...

A veces es peligroso poseer una sensibilidad demasiado sutil.

Pero una princesa ha de saber ser princesa siempre. La altiva esposa calló sus inquietudes. Y entretanto, el marido comenzó a buscar lo que había perdido al dejar de ser soltero.

Viajes de riguroso incógnito, salidas intempestivas, misteriosas excursiones.

Comenzó a faltar muchas noches a su palacio, y más noches todavía la princesa esperó en vano en su tálamo nupcial el calor del amado.

¿Qué había sucedido?

Pues, sencillamente, que el príncipe había conocido a Jeanette Mac Donald..

¿Necesitaremos explicar por qué es esto suficiente para que el príncipe faltara a sus deberes de esposo?



Basta haber visto a Jeanette Mac Donald para comprender lo que su voz de oro, sus ojos inmensos como lagunas de luz, su cuerpo de rosa y de nieve debe de significar para un hombre por marido que sea.

Si ese hombre tiene la suerte de ser príncipe de las dotes del héroe de esta novela real, *consumatum est*.

Hablando en plata, dicen los murmuradores y los periódicos que Jeanette y el príncipe se amaron sin reservas.

Fué un largo idilio, una luna de miel interminable.

Cómo se amarían, mejor dicho, cómo amaría ese hombre—que hombre es al fin—a la magnífica Jeanette, que acabó por perder la prudencia y la discreción, que es lo último que pierden los príncipes.

Tomamos de un periódico español:

“Durante semanas enteras, los amantes paseaban su amor con tanto desenfado como si no fueran más que un tenientillo y una corista: viajaban juntos, se alojaban juntos en los hoteles, iban juntos a teatros y cabarets... En una antigua abadía lombarda habían firmado en el álbum de visitantes el uno al lado del otro y había sido menester arrancar la hoja...”.

A oídos de la princesa había llegado la murmuración haciéndole saber lo que ella no se había preocupado de averiguar, esto es, quién era la otra.

Pero ella, siempre princesa, no perdía la sangre fría cuando la perversidad envidiosa de alguna cortesana removía en su presencia lo que la princesa hubiera preferido olvidar.

Ella reía entonces y decía sutilmente:



—Sí, el príncipe sigue protegiendo a las Artes.

Y realmente no la inquietaba mucho la rivalidad de una cantante de opereta. Una princesa necesita algo más que eso para sentirse ultrajada.

Sin embargo, he aquí que un día esa "cómica", como ella debía de llamarla en su fuero interno, pasa del escenario a los dominios del micrófono y su nombre, unido al de otro artista, Mauricio Chevalier, comienza a llenar los periódicos y las carteleras y a sonar con insistencia abrumadora en labios de todo el mundo.

Hasta el ambiente cortesano, tan propenso a la frialdad y tan dueño de sí mismo, se commueve.

Comienza la princesa a respirar la emoción de un gran triunfo.

Una y otra vez oye calificar de magnífico y delicioso, un film sonoro que lleva por título "El desfile del amor".

Y la artista que desempeña el papel femenino principal de esa película es Jeanette Mac Donald.

Intimas inquietudes comienzan a perturbarla. Ya no finge tan perfectamente la sonrisa de indiferencia cuando le hablan de las aventuras de Su Alteza con la artista.

Un día, incapaz de seguir disimulando, confiesa a su dama de compañía que desea ver "El desfile del amor".

Naturalmente, aquella misma noche tiene reservado un palco en el cine donde proyectaban el gran film.

Desde que aparece Jeanette en su papel de reina, la princesa comprende que ha hecho muy mal en des-



deñar la rivalidad de aquella mujer. Ve sus ojos, ve la gracia de su figura y de sus movimientos, oye su voz de oro, y ve algo más... ve su cuerpo a través de un suntuoso salto de cama no inferior a los que ella usa, y, aunque es mujer, comprende que lo que se ve a través del salto de encajes, es suficiente para arrebatar el ánimo de un hombre por príncipe que sea.

Parece ser que la princesa abandonó el cinematógrafo antes de que terminara la película. Entonces se dió cuenta de lo que amaba a su marido. Estaba locamente enamorada de él. Le quería con todo el fervor y todo el entusiasmo del amor primero y único.

Ya no hubo paz en el corazón de la princesa. Ya no sonreía con altivez cuando pronunciaban el nombre de Jeanette en su presencia o cuando lo leía en los periódicos. Debió de pasar noches en vela, pensando y sufriendo. La princesa era sólo una mujer enamorada.

Un día, a raíz de alguna nueva excursión de Su Alteza, la atormentada esposa decidió terminar de una vez.

Ya había cursado las órdenes oportunas, ya estaba listo el coche que había de llevarla a su patria, cuando la madre de su esposo, es decir, la reina, se enteró y gracias a ella no se produjo el escándalo.

No era la primera vez que la reina había intervenido desde que la princesa diera muestras de no estar conforme con aquella vida, mejor dicho, desde que conoció a la causante del desvío de su esposo.

Otras veces tuvo que tomar el Rey cartas en el asunto e incluso el Jefe del Gobierno sermoneó a Su Alteza.

Todo pareció de momento apaciguado. Pero cuando

se trata de una mujer como Jeanette Mac Donald estas cosas tienen difícil solución.

El príncipe estaba demasiado loco por ella para dejarla e incluso para ser prudente. Se renovaron las felices excursiones. Realmente, y aunque no aplaudamos el proceder del príncipe, es para envidiarlo. ¿Se dan ustedes cuenta de lo que debe ser una excursión en compañía de Jeanette Mac Donald? Campo, soledad, belleza en el cielo y en la tierra, y, al lado, la llama de oro y seda de unos cabellos perfumados, los mares profundos y misteriosos de dos ojos azules, un cuerpo que debe de ser suave como el terciopelo, cálido y palpitante como un corazón joven, lozano y firme como un clavel recién abierto, blanco y perfumado, flexible y ondulante.

Realmente, es para envidiar al príncipe y... para compartir el dolor de la princesa.

Pero no divaguemos. Siga la historia.

No hace mucho circuló una noticia sensacional. Jeanette había sido víctima de un accidente de automóvil.

¿Dónde? ¿Qué consecuencias había tenido el accidente? ¿Quién la acompañaba?

Gran confusión.

Se decía que la desgracia había ocurrido en Bélgica, pero también se decía que había ocurrido en Francia. Se habló de que acompañaban a la estrella algunos amigos, pero se habló también de que el amigo era uno sólo. Unos informes daban a Jeanette por muerta, otros por herida de gravedad y otros por simplemente herida.



Indudablemente había ocurrido algo que se tenía interés en ocultar. Se trataba de despistar a los reporteros. Pero ya sabemos que esto es imposible, ya sabemos que en cada reportero hay un Sherlock Holmes, si no con tanta astucia como el famoso detective de Conan Doyle, sí con más terquedad, actividad, perseverancia y chinchorrería que él.

Holmes era el raudal arrollador. El reportero es la gota de agua que horada la roca.

Y los blocs de notas y las estilográficas fueron... aclarando?... no, enzarzando más el asunto.

No eran *unos* amigos, sino *un* amigo el que acompañaba a Jeanette cuando ocurrió el accidente, y ese amigo era un príncipe, un príncipe heredero muy conocido en Europa.

Se habló del príncipe de Gales, del príncipe de Piamonte. Pero los que conocían ciertos detalles de la vida de Jeanette sabían que este príncipe no podía ser otro que el esposo de aquella linda princesita que un día fué descubierta en Toledo paseando a pie por las calles.

Era natural que se hubiera intentado borrar toda huella de lo ocurrido. Alguien ocultó a los heridos donde no pudiera llegar la curiosidad reporteril.

Pero he aquí que el campo de investigación cambia de súbito.

Jeanette no ha sido víctima de un accidente de auto. Jeanette ha sido víctima de un vulgar drama de celos, es decir, de eso que han dado en llamar "crimen pasional".



La celosa princesa, incapaz de soportar por más tiempo el martirio de su humillación, ha ido al encuentro de la estrella y le ha arrojado al rostro un frasco de vitriolo.

¡Horrible! ¿Qué habrá sido de esos magníficos ojos azules? ¿Qué de esa piel de nácar y rosa? ¿Qué de esa boca de fresa y jazmín?

Los rumores se concretan. Jeanette no ha muerto, pero su rostro ha quedado tan espantosamente desfigurado, que no hay que pensar en que vuelva a aparecer en la pantalla. Hemos perdido a una gran artista, hemos perdido a la reina de la opereta cinematográfica.

Los reporteros cargan la pluma y se lanzan sobre la pista. Han de cruzar grandes distancias en ferrocarril, pues el drama ha ocurrido en la Costa Azul.

¡Pobre Jeanette!

Pero otra vez cambia el fondo del asunto.

Nada de vitriolo. Algo más grande todavía. La princesa no ha usado ningún líquido sino un revólver, una preciosa y mortal chuchería de puño de oro y de nácar. Se había enterado de que su esposo estaba con la estrella en la Costa Azul, y se presentó allí inopinadamente. Los encontró juntos en plena calle y su saludo fué un tiro contra Jeanette que cayó muerta.

El príncipe había tratado de desarmarla, pero no llegó a tiempo.

Acudió la policía y, al conocer la personalidad de los protagonistas del drama, se apresuró a enviar a la princesa a su palacio y a ocultar el cuerpo del delito.

De no ser porque la trágica escena tuvo algunos testigos no se habría sabido nada. Jeanette habría muerto en el accidente de automóvil, bulo que ya se había lanzado, o de una enfermedad fulminante en cualquier clínica de la Costa Azul.

Y se habría solucionado un conflicto internacional.

Pero esos testigos hablaron. La noticia era demasiado sensacional para que no corriera como la pólvora. Y, en efecto, el mismo día en que el drama se había desarrollado, ya los hilos telegráficos transmitieron la noticia de un lado a otro del continente.

Hasta aquí las informaciones de los periódicos.

Ahora nos preguntamos nosotros. ¿Ha ocurrido realmente esa tragedia?

Para ser un bulo, un reclamo al estilo de Norteamérica, nos parecen demasiado graves las circunstancias en que se ha propagado la noticia.

Se puede decir que una artista ha muerto, que se ha suicidado, incluso que la causa de su desesperación era un amor imposible por una persona real.

Pero no se puede decir que un príncipe era el amante de una artista de cine y que su esposa, por celos, la ha matado. No se puede decir, dando los nombres de las personas reales como en este caso ha sucedido.

Esto es bastante para dar origen a un grave conflicto diplomático.

Sin embargo, los periódicos dicen que existen cartas de la Mac Donald en que ésta habla de los celos de la princesa. Es más, se precisa que "Charlot" ha recibido



en París unos renglones de Jeanette, trazados con mano temblorosa en que, entre otras cosas, dice la artista:

“Estoy en peligro de muerte. Si desaparezco *ella* será la culpable.”

Pero de pronto surge el “Paris-Midi” desmintiendo la noticia. Jeanette Mac Donald está en Hollywood, trabajando en un nuevo film y los príncipes hacen su vida ordinaria en su palacio.

Y, como comprobante, inserta un cable de su correspondiente en Nueva York que dice textualmente:

“Jeanette Mac Donald ha partido de Nueva York hace unos días y ha llegado felizmente a Hollywood donde está trabajando en un film para la casa “Fox”. La historia del príncipe y la princesa es absurda. Hace seis meses que Jeanette no ha estado en Europa.”

Además, nosotros tenemos noticias de la casa “Fox” de Barcelona que afirman que Jeanette Mac Donald partió el día 15 de marzo de Nueva York en dirección a Hollywood para trabajar en un nuevo film.

Pero volvamos al punto de vista contrario.

He aquí el sueldo que, a raíz de la noticia publicada por el “Paris-Midi”, inserta otro periódico de Francia, “Le Populaire”:

“Se ha desmentido que Jeanette Mac Donald se hallara en Francia el día del supuesto crimen. Admitido. Pero la opinión pública querría tener una confirmación oficial de ello.

“Pues el hecho de que Jeanette Mac Donald estuviera en Hollywood no impediría que una linda mano de prin-



cesa hubiese disparado contra otra joven y que esta joven hubiera resultado herida, tal vez muerta. Ese silencio oficial sólo conseguirá agravar las cosas. No afirmamos nada, no acusamos a nadie. Tratamos únicamente de descubrir la verdad y la verdad está en un palacio principesco y en una linda ciudad costera donde las palmeras abundan y donde el cielo es siempre azul. Nadie puede, ni a nadie conviene que sigan circulando rumores sobre ese asunto. La policía francesa tiene que decir algo."

Es muy razonable la postura de "Le Populaire".

Si Jeanette, por ventura, se halla en Hollywood, dispuesta a volver a asomar sus bellos ojos a las pantallas de todo el mundo y a lanzar los raudales de oro de su voz por los altavoces cinematográficos, ¿qué ha pasado en la Costa Azul? ¿De dónde han salido esos rumores alarmantes?

Pero eso ya no nos incumbe a nosotros. Únicamente Jeanette nos interesa ahora.

¿Verdad, lector, que esta historia no tiene nada de absurdo?

¿Verdad que aquella reina de "El desfile del amor" es capaz de enloquecer, no sólo a un príncipe, sino a un rey y a un emperador?

¿Verdad que aun dejando de ser reina al terminar la impresión de esa película y al ser sólo Jeanette Mac Donald continúa siendo digna de arrebatar un corazón de príncipe, de rey, de emperador?

¿Verdad que es muy lógico que la princesa tuviera celos al verla y al oírla?

Acaso al aparecer esta obrita esté todo aclarado: confirmado o desmentido.

Mas en este último caso, siempre podrá decirse: "No fué verdad, pero pudo serlo."



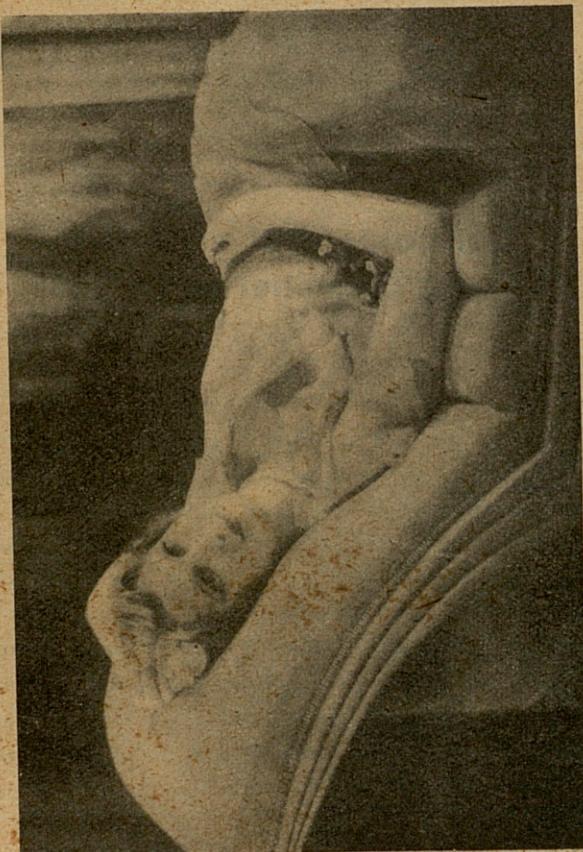
Del colegio al escenario y de Chevalier a Mojica

Jeanette nació en Filadelfia en un mes de junio. Del año no sabemos nada. Pero pongámosle veinte. No puede tener más esa criatura de piel tersa y de cuerpo esbelto y firme. Y si tiene más, peor para el Tiempo, que esta vez ha fracasado en su labor destructora.

Se educó en las escuelas públicas de aquella ciudad, primero, y después pasó a la "Julia Richmond School", de Nueva York.

Jeanette había demostrado ya que poseía una bonita voz, pero era demasiado joven aun para que se pudiera decir nada. Cuando la niña pasa a ser mujer el organismo sufre un cambio completo y nadie puede saber lo que será la garganta de una niña, después del tránsito.

Pero el cambio, lejos de perjudicarla, la debió favorecer, por cuanto un día dejó de ser colegiala para convertirse en cantante.



Ingresó en el coro del teatro Capitol de Nueva York, trabajando por primera vez en la revista "Demi-Tasse".

Más tarde pasó al coro del teatro Liberty, donde obtuvo sus primeros papelitos.

Ello permitió que se oyera su voz independiente de las demás y el empresario Henry W. Savage pudo apreciar el tesoro que había en ella al asistir a una representación en el "Liberty".

La contrató, le dió un papel importante. El triunfo fué tan completo que desde entonces sólo cantó como primera tiple.

Terminado su contrato en Nueva York, y cuando iba a partir para Chicago, recibió una importante visita.

El visitante era nada menos que Ernst Lubitsch, el gran director cinematográfico.

Lubitsch la había oido cantar. Tenía el encargo de producir una opereta para el cine sonoro, un gran film hablado y cantado en que la "Paramount" no le imponía más condición que la de crear una gran película con Mauricio Chevalier.

Le explicó el asunto de la obra.

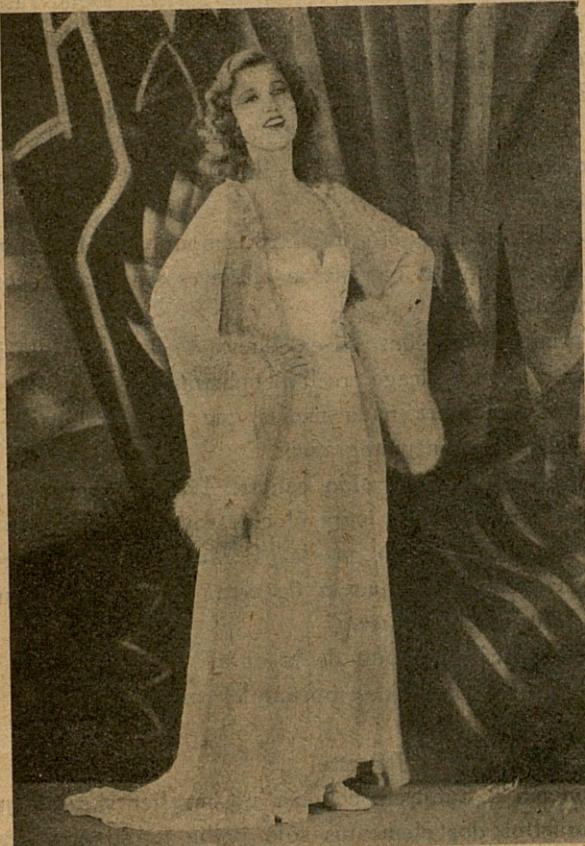
—¿Quiere usted desempeñar el papel de reina en esa película?

¡Vaya si quería Jeanette!

Conocía a Lubitsch, conocía a Chevalier y sabía que de aquellos dos elementos sólo podía surgir una gran obra.

La pantalla desparramaría su arte, su voz, su belleza por todo el mundo con inusitada rapidez.

Pero cuentan que Jeanette supo disimular su entu-



siasmo. Hay momentos en la vida en que la materia ha de saber dominar al espíritu.

Había que hablar del sueldo y para hablar de esas cosas, sobran las espiritualidades.

Jeanette salió muy bien librada. Un contrato en inmejorables condiciones. Partió inmediatamente con Lubitsch hacia Hollywood y ya conocemos el resultado de ese viaje.

Meses después, los oídos de todo el mundo se habían deleitado recibiendo el torrente de oro de su voz, y los ojos de millones de personas se habían abierto con admirativa estupefacción al verla saltar de su lecho real y percibir bajo los encajes de un salto de cama también regio, los encantos de una estatua viva que parece hecha de rosa, nieve y terciopelo.

De un salto Jeanette había alcanzado la cumbre de la fama y de la admiración universal.

Filmó después "El Rey Vagabundo" y "Monte Carlo". Después se la llevó otra gran casa, "Los Artistas Asociados", para tomar parte en "La novia 66". Finalmente la "Fox Movietone", esa cazadora de maravillas, entró en tratos con ella y consiguió que desempeñara el papel principal en una película que pretendió ser una prueba y ha resultado un gran éxito cinematográfico.

En vista de ello firmó un contrato por cinco años con la casa y ya ha trabajado Jeanette en otra gran película con Reginald Denny. Este nombre es ya de por sí una garantía de que el éxito no ha de ser sólo de Jeanette.

Ha hecho también películas en inglés con Meighan

y otros astros, pero todo eso no es nada en comparación con lo que está preparado.

En su próxima película tendrá por compañero a José Mojica. El título provisional de ese film es "Romance Teatral", pero llémosle como se llame, el caso es que estamos en viésporas de un verdadero acontecimiento.

Imagínese el lector un dúo entre los dos cantantes más destacados del cine sonoro. Se ha mezclado el oro con el platino.

El ídolo de los espectadores y el ídolo de las espectadoras se han unido. Por una vez, ellas y nosotros vamos a estar de acuerdo en la apreciación de los méritos de una película. Ellas preferirán a Mojica, nosotros a Jeanette; pero ellas y nosotros preferiremos un mismo film.

Sin duda la "Fox" ha dado en el clavo.



Interioridades

Jeanette es supersticiosa. Se pone mala cuando en su presencia ruedan una silla y cuando ve otras muchas cosas que en Norteamérica resultan de mal agüero.

He aquí por dónde hay algo hispano, y especialmente andaluz, en su alma.

Cuentan que un día rompió un espejo y que se acostó inmediatamente dispuesta a no moverse de la cama hasta que pasara el periodo del peligro.

No quería comer por si era una indigestión lo que le preparaban los fragmentos del espejito. ¿Salir a la calle? Ni pensarlo. Para eso había que retirar de la circulación a todos los automóviles. No se asomaría al balcón. Podía desprenderse y caer a la calle.

En los estudios esperaron en vano su llegada. En vista de que no llevaba trazas de presentarse, el director fué a averiguar la causa de su ausencia.

Al enterarse de las aprensiones de Jeanette, le preguntó:



—¿Cuánto va a durar el período de peligro?
 —Ocho días—repuso la estrella con plena convicción.
 El director se echó las manos a la cabeza. ¡Ocho días sin filmar!... ¡Una ruina!

Pero tuvo de pronto una idea genial.

—¿Y va a permanecer ocho días sin tomar alimento y sin moverse de la cama? Entonces va a ser verdad el presagio de la rotura. Usted morirá de inanición y el espejo se habrá salido con la suya.

Inmediatamente, Jeanette saltó de la cama y se fué a un restaurante.

Y una vez que se hubo dado un banquete, se dirigió al estudio en compañía del director.

Tiene una verdadera pasión por las toilettes elegantes y el lector se convencerá de ello cuando vea la película Monte Carlo, donde la estrella ofrece al espectador una verdadera exposición de vestidos suntuosos.

Le gustan más los papeles dramáticos que los frívolos y alegres.

Gasta más que ahorra. La idea de parecer tacaña la produce tanta inquietud como la de envejecer, lo cual, ¡oh, Jeanette! ha de suceder algún día, aunque lejano, a pesar de lo que diga Voronoff.

¿Sus deportes favoritos? La equitación, la natación y el golf.

Siendo supersticiosa es natural que tenga mascotas en casa y éstas son un canario y un perro faldero.

Viajar la encanta y su lectura predilecta son las novelas de misterio.

Posee un magnífico automóvil que conduce a maravilla.



lla y detesta la soledad. Por eso siempre hay visitas en su casa, aunque muestra mucho tiento en la elección de amigos.

¿Amores? De esto hemos de hablar más despacio. Siendo colegiala tomó lecciones de piano y de danza.

Era su maestro un hombre de edad madura, en otros tiempos bohemio y soñador que había pasado lo mejor de su vida entregado a ideales que no se realizaron nunca.

A Jeanette le inspiraba simpatía aquel hombre consumido en la llama de su ideal y que la miraba dulcemente a través de sus gafas.

Fueron grandes amigos. El maestro la trataba con una ternura paternal. La hora de la lección era la del crepúsculo y discípula y profesor se emocionaban, ella danzando y él tocando la música de aquellas danzas.

El cuerpo infantil de Jeanette, fino y esbelto, tenía maravillosas flexibilidades que expresaban tanto como la música. Y era para el buen viejo una delicia ver aquella figura delicada, frágil y gentil dar plasticidad a muchas cosas que él había sentido y nunca había logrado expresar.

Y la niña fué convirtiéndose en mujer. Su cuerpo se moldeaba, -se pronunciaban deliciosas curvas bajo los sencillos uniformes de la colegiala.

Ahora las danzas tenían una mayor belleza. No era sólo ritmos y movimientos lo que aquel cuerpo lograba plasmar. Eran actitudes de una belleza estatuaría y femenina. No se veía sólo el arte. Se veía a la mujer. Se veía aquella cintura flexible, sobre curvas suaves y



perfectas, las líneas de las piernas ya formadas, la garganta prometedora de otros relieves y otras blancuras inferiores. Finalmente, las expresiones del rostro eran también muy distintas. Eran los gestos reflejados por un corazón que conoce los anhelos y las pasiones de la mujer. ¡Oh, el caer de aquellos párpados sobre el poema azul de los ojos! ¡La emoción de aquella mirada sabiamente dirigida entre los ojos entornados! ¡La sonrisa ávida de aquella boca que sentía ya el instinto de los besos!

Ella advertía que los ojos del profesor brillaban extrañamente a través de los cristales de las gafas y un día notó que temblaban sus manos cuando se felicitaron mutuamente.

Acaso adivinó o temió algo Jeanette.

El caso es que dejó la danza para aprender el canto. Su voz, después de las alteraciones de la adolescencia, había tomado asiento y era más bella y potente.

Desde entonces, los crepúsculos conocían diariamente el encanto de aquella voz cristalina y áurea.

Y pasó algún tiempo. Una tarde, cuando Jeanette entró en el estudio, todavía no estaba allí el profesor. Por distraerse durante la espera, buscó entre los papeles de música. Tocaría y cantaría algo.

Pero he aquí que sus ojos tropezaron de pronto con una partitura manuscrita cuyo título la sorprendió: "Jeanette".

Entre las notas la mano trémula del profesor había trazado el canto, unos versos que estaban dedicados a

Jeanette. Era un canto de amor, un canto de amor para ella.

Sobrecojida de emoción, la alumna estuvo un momento vacilando entre si tocar y cantar aquella canción o volverla a guardar en el musiquero, bien oculta en el último rincón, donde la había encontrado.

Le pareció que tocarla sería desflorar un misterio que no le pertenecía, profanar un secreto que el buen profesor guardaba celosamente desde hacía sabe Dios cuánto tiempo.

Y volvió a dejar la partitura donde la encontrara y aquél y los días siguientes pasó su lección como si nada supiera.

Y el secreto continuó siéndolo para todos y el profesor lo guardó avaramente hasta el último momento de su vida.

Este fué el primer amor que inspiró Jeanette Mac Donald.

Desde entonces son incontables las pasiones que ha despertado, todas desafortunadas.

¿Será verdad su amor con el príncipe cuyo nombre ha figurado junto al de Jeanette en toda la prensa de Europa?

Lo cierto es que Jeanette Mac Donald permanece aún soltera. Lo decimos por si algún lector audaz quiere emprender la colossal aventura de lanzarse a la conquista de un corazón tan disputado.

A los éxitos sin precedente de
las interesantes novelas

Del mismo barro

por Mona Maris y Juan Torena
(6 ediciones)

El precio de un beso

por José Mojica y Mona Maris
(3 ediciones)

Ladrón de amor

por José Mojica y Mona Maris
(2 ediciones)

El Valiente

por Juan Torena
(2 ediciones)

El presidio

por José Crespo
(2 ediciones)

Sevilla de mis amores

por Conchita Montenegro y Ramón Novarro

seguirán las siguientes:

MONTECARLO

por Jeannette Mac Donald

CAMINO DEL INFIERNO

por Juan Torena

¡Siempre lo mejor!

Se están agotando las **BIOGRAFÍAS** y
Colecciones de 6 bonitas postales de

José Mojica

Maurice Chevalier

Greta Garbo

Ramón Novarro

y
Charlie Chaplin

CHARLOT

Numerosas fotograffías · Curiosas anécdotas
Postal-regalo · Lujosa portada

Precio: 50 céntimos

y la **Colección de 6 postales** de

Juan Torena

Véalas y no dejará de adquirirlas

Precio: 30 céntimos

¡ATENCIÓN!

Con motivo de la fiesta del libro, se hallarán en venta en toda España, las

Ediciones BISTAGNE

y en particular las **Ediciones Especiales** de sus primeros números, de los cuales se han hecho nuevas ediciones.

¡Gran ocasión para completar las colecciones de la más amena de las bibliotecas que se editan en nuestros tiempos!

Haga desde ahora sus encargos a su librero

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caffos, 1

Tip. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087-Barcelona



TOWOLNY